

LXVI  
MIAHUATLAN

3 de Octubre de 1866

Vuelto a mi campamento de Tecomatlán, emprendí otra vez la marcha por el rumbo de las Andallas, mandando a mi hermano por la vía más corta a colocarse al Norte de la ciudad de Oaxaca, apoyándose en la Sierra de San Felipe del Agua, con orden de amagar seriamente la plaza si el enemigo la debilitaba sacando alguna tropa en mi persecución, y ofreciéndole que yo haría una cosa semejante por el Sur en los casos en que él fuera perseguido por el enemigo, porque si no le era posible en esas acometidas tomar la ciudad, a lo menos serviría para distraer a la columna que me persiguiera y viceversa.

En cumplimiento de esta combinación hice mi marcha, de las Andallas a Peras y de Peras a Huajolotitlán, llegado hasta Zimatlán. Pernocté en ese pueblo y supe que una fuerte columna mandada por el General Oronoz, salía en mi persecución.

Evadiendo el choque del enemigo me dirigí a Ejutla y allí permanecí hasta que Oronoz se movió de Zimatlán y entonces ocupé Miahuatlán. Permaneció el enemigo dos o tres días en Ejutla, y yo en Miahuatlán.

El 3 de octubre de 1866 mis vigías que se habían descuidado vinieron a avisarme que el enemigo se movía sobre mí, y cuando me lo decían casi estaba el enemigo a la vista, a lo me-

nos así se comprendía por el polvo que levantaba en su marcha.

Yo había mandado limpiar las armas para pasar revista de comisario, que debía tener lugar en la tarde de ese día, y con ese motivo aun quedaban muchos fusiles desarmados. Mandé que violentamente se armaran, que la tropa se pusiera en estado de recibir órdenes y que se cargaran las mulas con los bagajes, y que cuando todo esto estuviera hecho, el Coronel González emprendiera su marcha, con toda la infantería por el camino de Cuixtla, que es montañoso desde la salida de Miahuatlán. Yo con mi numeroso Estado Mayor y mi escolta como de treinta hombres de caballería marché hacia el camino que traía el enemigo, dejando órdenes que luego que estuviera ensillada y lista la caballería siguiera mi movimiento, y que recibiría órdenes al incorporárseme. El General Don Vicente Ramos mandaba la caballería que constaría de unos 280 caballos.

Seguí yo mi marcha hasta una colina que parte por la mitad la carretera para Oaxaca y que distará como un kilómetro de la plaza de Miahuatlán. Mi escolta y ayudantes fueron colocados en línea de tiradores sobre la cumbre de la colina; y como el enemigo no podía ver lo que había detras de ella, creyó que allí había fuerza con quien tenía que combatir, hizo alto y montó sus obuses de montaña que venían a lomo de mula. En esos momentos aparecía la columna de caballería saliendo por una de las calles principales del pueblo a incorporárseme y en este instante la vió bien el enemigo aunque la perdía de vista a proporción que no se acercaba a la colina. Con muy poca diferencia comenzó a salir por el camino de Cuixtla la infantería que mandaba el Coronel González. El enemigo naturalmente creyó que se trataba de una retirada y que mi presencia, cortando el camino, no tenía más objeto que dar tiempo a la infantería para que se alejara de aquel lugar. En consecuencia, reunió su caballería que había colocado a los dos costados de la infantería y comprendiendo yo que iba a darme una carga decisiva, ordené al General Ramos que por la misma calle por donde había venido volviera a la plaza y saliera a juntarse con el Coronel González que debía esperar en la loma por la que iba desfilando. Toqué alto y frente al Coronel González y destacué un ayudante con orden de traerme cincuenta hombres de infantería de los que por no haber ascendido a la colina no estaban a la vista del enemigo, y que los

condujera por dentro de la barranca, a fin de que pudieran llegar cerca del campamento del pueblo, sin que el enemigo los viera.

En el movimiento de retroceso del General Ramos le incorporé mi escolta y mi Estado Mayor y me quedé solo con un clarín en una de las bocacalles del pueblo por donde tenía que pasar mi caballería y en seguida la del enemigo.

La caballería enemiga cargó resueltamente sobre la mía en su retirada y cuando pasaron por donde yo estaba, y cuando ya comenzaba a hacer uso hasta de arma blanca contra los soldados de retaguardia, apareció en momentos oportunos una partida de paisanos de Miahuatlán armados y organizados por su cuenta, sin que yo tuviera antecedentes ni noticia de ello, dentro de un sembrado y a la izquierda del enemigo, le hacían fuego casi a quemarropa.

Yo había colocado los 50 hombres que pedí al Coronel González y que eran tiradores de la montaña, emboscados dentro de la milpa y muy cerca de la calle por donde debía pasar el enemigo. En consecuencia, al aparecer la caballería enemiga y comenzar a recibir los fuegos de los paisanos le hizo un fuego nutrido la infantería que yo había emboscado y así pudo salir nuestra caballería y atravesar la población para unirse al Coronel González.

La caballería enemiga volvió a incorporarse con la infantería que formaba en bata'la cerca del camposanto, haciendo frente al Coronel González con la barranca de por medio.

Los paisanos de Miahuatlán fueron rechazados al centro de la población con muchas pérdidas porque eran muy atrevidos y estaban muy ebrios. Los tiradores montañeses habían quedado ocultos dentro del maíz y buscando yo paso a la barranca, me incorporé al Coronel González en el momento en que el enemigo desplegaba, en cadena de tiradores, un batallón que mandaba el Teniente Coronel Pedro Garay, y formaba en columnas paralelas el resto de su infantería con su caballería a retaguardia.

Una vez incorporado con el Coronel González mandé que la caballería tomara distancia como para cubrirse de los fuegos del enemigo; y como todos estábamos en la cima de la colina, a pocos pasos la caballería quedaba fuera de la vista del enemigo.

Esa colina da una vuelta en forma de semicírculo, por el lado que en esos momentos era izquierda nuestra y derecha del enemigo y atrás de la colina, en la depresión, hay un pequeño arroyo. Dí orden al General Ramos para que hiciera un movi-

miento de medio kilómetro, por todo el lecho del arroyo, para no levantar polvo, lo cual era bastante para quedar oculto y a espaldas del enemigo. Las líneas de tiradores enemigos nos hicieron un fuego muy nutrido que las nuestras no podían contestar, porque apenas tenían cuatro o cinco cartuchos disponibles; y cuando noté que nuestros fuegos estaban completamente apagados y comprendí la causa, reforcé nuestra cadena con algunos soldados que fueran a intercalarse en ella para refrendar el fuego durante algunos momentos.

Había yo dado orden al General Ramos de cargar sin reserva y con vigor sobre el enemigo en los momentos que yo le tocara tres puntos agudos después de atención, y al Capitán Rojas que mandaba a los tiradores ocultos en el maíz, que a la misma señal rompieran un fuego vivo sobre el enemigo, aproximándose hasta la orilla del plantío y sin salir de él para que no se notara lo reducido de su número. Como no teníamos municiones con qué sostener un combate regular, mandé a la infantería descender a la barranca, pasar el arroyo y batir al enemigo en la ribera opuesta, y en esos momentos dí la señal que servía, tanto para la caballería, como para los tiradores escondidos.

Al notar el enemigo nuestro brusco movimiento, nos lanzó su caballería que fué inmediatamente arrojada y con el impulso de su propia caballería derrotada, se desorganizó su infantería, y se volcaron sus cañones, a la sazón que la nuestra cargaba al sable por la espalda, comenzando por apoderarse de todos los caballos de la oficialidad y cargamento de municiones que habían quedado a retaguardia.

Sin gran dificultad recogí toda la infantería del enemigo que después de haber tirado sus armas corría en desorden por toda la llanura, y con mi caballería hice a la caballería enemiga una persecución de más de tres leguas, de donde regresé entre nueve y diez de la noche y la pasé toda en recoger heridos y armas, dejando para el día siguiente la operación de recoger muertos.

El General Oronoz había huído con varios de sus jefes y oficiales, quedando en el campo el jefe francés Enrique Testard, que mandaba un batallón de fuerzas mexicanas, cuya oficialidad era exclusivamente de franceses, teniendo todo el personal de sus clases de sargentos, cabos y algunos soldados del personal de franceses que habían enganchado en México.

La mayor parte de los muertos eran oficiales franceses,

puesto que, habiendo perdido sus caballos, no pudieron huir, como lo hizo su General en jefe.

Entre los prisioneros había oficiales franceses que fueron remitidos a la Sierra para su custodia y para que no entorpecieran las operaciones, siendo pasados por las armas los veintidos jefes y oficiales mexicanos según leyes vigentes a la sazón, con la circunstancia de que todos ellos habían sido oficiales del ejército mexicano, pero se habían pasado al enemigo.

El botín consistió en cosa de mil fusiles poco más o menos, dos obuses de montaña, cuarenta y tantas mulas cargadas con municiones de infantería y de artillería.

Teniendo en cuenta la desigualdad de nuestros elementos, pues yo apenas contaba con cosa de 700 hombres mal armados, desnudos, sin disciplina y con parque que no alcanzaba para sostener el fuego ni por quince minutos y sin artillería, mientras que el enemigo tenía 1,400 hombres bien organizados, disciplinados, vestidos armados y elementos de todo género; considero la victoria de Miahuatlán como la batalla más estratégica de las que sostuve durante la guerra de intervención y la más fructuosa en resultados, pues ella me abrió las puertas de las ciudades de Oaxaca, Puebla y México.

El día siguiente, 4 de octubre, lo pasé en dar colocación a los prisioneros en los cuadros de batallones que yo había formado, en establecer un hospital que pude organizar, debido a la incorporación del doctor Antonio Salinas que me prestó en su profesión importantes servicios.

Inserto en seguida el parte oficial de la batalla de Miahuatlán dirigido el 6 de octubre de 1866 al Ministro de Guerra y Marina, suprimiendo los estados anexos al mismo.

Ejército Republicano. (1)—Línea de Oriente.—General en

(1) Este parte fué comunicado oficialmente por nuestro Ministro en Washington en nota de 20 de noviembre de 1866, al Secretario de Estado de los Estados Unidos de América y transmitido por el Presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país, con su mensaje de 29 de enero de 1867 y publi-

Jefe.—Ciudadano Ministro: Después del combate con los húngaros en Nochistlán el 23 de septiembre, de cuyo hecho tiene usted conocimiento, marché con las fuerzas de mi mando para este punto por Tezacoalco y Peras; luego que el movimiento fué sentido en Oaxaca, se me destacó una columna de 1,100 hombres de las tres armas a las órdenes de Oronoz, que tuve a la vista el 3 del corriente a las tres y media de la tarde. El enemigo marchaba rápidamente y en tal virtud salí con mi escolta, que fué la primera fuerza que estuvo disponible, a contenerlo, entretanto el General Vicente Ramos, con toda nuestra caballería se me presentaba en cumplimiento de la orden que había recibido; pocos momentos después se me presentó y ordenándole que detuviese al enemigo el mayor tiempo posible, pasé a situar la infantería a las lomas, al Oeste de esta villa, llamadas de los "Nogales", con frente al Este; antes había mandado la orden al C. Coronel Manuel González, jefe de infantería, para que las ocupara, y en tal virtud, cuando llegué, solo tuve que hacer ligeras rectificaciones en la línea y situar mi escaso parque, quedando en la forma siguiente: la línea de batalla se prolongaba de Sur a Norte hallándose a la derecha el batallón "Morelos" de Tlapa, con 100 hombres de fuerza a las órdenes del C. Teniente Coronel Juan J. Cano, seguía tiradores de la "Montaña" a las órdenes del Comandante Felipe Cruz, con 230 plazas, no todas armadas, y cerraba la izquierda el batallón "La Patria" con 96 plazas, su jefe el Coronel Segura y Guzmán. Apoyaba la derecha la Compañía de Chiautla de 80 plazas, en columna, y la izquierda el batallón "Fieles de la Patria", en la misma formación, a las órdenes de su Comandante C. José Guillermo Carbó. Cuando la línea se encontró establecida, el General Ramos, cumpliendo mi orden, se retiraba por el centro de esta vi-

cado por acuerdo de la misma Cámara. (Documento del Ejecutivo núm. 76, del segundo período de sesiones de la Cámara de Diputados del 36o. Congreso de los Estados Unidos, pág. 304).

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera. 1860-1867. Nota núm. 76. Vol. VIII, pág. 580.

lla, dejando en sus calles un pelotón de 30 vecinos armados. a las órdenes del Capitán Apolinar García.

Para impedir que la caballería fuese molestada en su retirada, mandé ocultar en las milpas que forman las primeras calles de la población, una compañía de 40 hombres de los "Tiradores de la Montaña", que obrando en combinación con los vecinos armados, hizo retroceder al enemigo en la persecución que muy de cerca hacía a nuestra caballería: ésta pasó por el costado derecho a situarse a retaguardia de la línea, y entonces el enemigo hizo un cambio sobre su derecha, quedando por este motivo frente a frente de mi línea de batalla; se formó en tres columnas destacando una fuerte línea de tiradores que abrieron el combate y rompiendo sus fuegos de artillería sobre nuestras posiciones, dió principio a la batalla. Nuestros tiradores sostuvieron valientemente el primer impulso del enemigo que contenido en su avance, se vió obligado a detenerse, aprovechando los accidentes del terreno para continuar el combate.

Visto el gran número de tiradores del enemigo, reforcé los de mi línea con el resto de la compañía de Chiautla, de la cual una parte estaba ya en combate, 20 hombres del batallón "Morelos" de Tlapa y mandé tomase el mando de todos ellos el jefe de mi Estado Mayor C. Coronel Juan Espinosa y Gorostiza.

El combate se hizo general en toda la línea, y nuestras municiones se iban agotando rápidamente, lo que me decidió a dar una carga sobre las posiciones del enemigo, y terminar a nuestro favor por el valor de nuestros soldados, un hecho de armas que de otra manera nos hubiera sido adverso, por la escasez completa de municiones.

Tomada esta resolución ordené que los tiradores pasasen el río que formaba la parte divisoria de nuestras respectivas posiciones. Organicé el resto de mis fuerzas en columnas y ordené al C. General Ramos que él en persona con el escuadrón de "Tepeji" avanzase por nuestra izquierda a tomar la retaguardia de las posiciones de Oronoz, adelantando nuestro costado derecho al mismo tiempo que el centro, y apoyando el movimiento del escuadrón de "Tepeji" con las tropas que formaban nuestra izquierda, de tal manera que quedasen envueltas las posiciones del enemigo en el ataque general.

Tomadas estas disposiciones dió la señal de avance, poniéndome a la cabeza de una columna formada por el batallón "Fieles" y el escuadrón "Lanceros de Puebla", cuya columna cargó por el centro sobre la artillería enemiga, protegiendo la carga. las fuerzas que vinieron a unírseme ya sobre la línea de batalla del enemigo.

La dirección del ataque por la derecha fué confiada al C. Coronel González con las tropas que cerraban este flanco, donde se encontraba también mi ayudante C. Comandante Juan de la Luz Enriquez.

Nuestras tropas, venciendo todos los obstáculos, subieron hasta las posiciones ocupadas por el enemigo, y arrojándolo, se apoderaron de su artillería poniéndolo en dispersión y asegurando una cara, pero completa victoria.

La columna de caballería que a las órdenes del C. General Ramos marchó a tomar la retaguardia del enemigo. ejecutó su movimiento con tan buen éxito que en el momento que éste era destruído sobre su línea, ella, cortando las cargas, cargaba de revés sobre los dispersos, destruyendo los pequeños grupos que aun permanecían unidos e impidiendo toda reunión.

Los dispersos fueron perseguidos por espacio de tres leguas, y en su fuga dejaban tirado multitud de armamento, cuyo número verá usted por la relación adjunta, lo mismo que la de muertos, heridos y prisioneros, así como la de municiones, efectos y acémilas quitadas al enemigo.

Me es satisfactorio manifestar a usted que la conducta que observaron en esta jornada los jefes, oficiales y tropa, es de tal manera honrada, que no me permite hacer recomendaciones especiales.

Los oficiales traidores hechos prisioneros fueron pasados por las armas, conforme a la ley de 25 de enero de 1862, y de sus nombres y empleos adjunto a usted relación por separado, advirtiéndole que algunos de ellos fueron de los que se pasaron al enemigo en el último sitio de Oaxaca.

Los días 4 y 5 de este mes los he pasado en esta plaza reorganizando mis batallones, en los cuales he refundido los prisioneros de la clase de tropa, cambiando una gran parte del armamento por el que dejó el enemigo, revisando y separando en lo posible las municiones quitadas también a éste, y estableciendo el hospital; por fin, ayer casi en la noche he pasado mi revista de guerra, y hoy marché para Oaxaca; cuya plaza ha sido ocupada por el C. Coronel Félix Díaz, reduciéndose el enemigo a Santo Domingo, el Carmen y Cerro de La Soledad.

A dicha plaza deben concurrir, según mis órdenes el General Luis P. Figueroa con su brigada, y el Coronel Manuel López Orozco con las fuerzas de Costa Chica. Independencia y Libertad.—Miahuatlán, octubre 6 de 1866.—Porfirio Díaz.—Ciudadano General Ministro de la Guerra y Marina.—Chihuahua o donde se halle.

## LXVII

## CUARTO SITIO DE OAXACA

Del 5 al 16 de Octubre de 1865

El 5 pasé revista de entrada a mis tropas en la nueva organización que les había yo dado, y en la tarde una escrupulosa revista de guerra, y el 6 en el Verjel, el 7 en Ocotlán y el 8 a Oaxaca. A poca distancia encontré un comisionado del Coronel don Félix Díaz, quien me comunicó, que aprovechando el movimiento de la columna que había salido a atacarme, había asediado vigorosamente la ciudad por el Norte, sorprendido una guarnición de cincuenta hombres de caballería que cubría la plaza de Tlacolula y que se dirigía sobre la ciudad con objeto de amagarla más seriamente. En efecto, al día siguiente, según nuevo parte que recibí, el Coronel Díaz había ocupado la plaza y la parte baja de la ciudad, teniendo reducido al enemigo a los conventos de Santo Domingo, el Carmen, Santa Catarina y el cerro de la Soledad.

El 8 en la noche, luego que llegué a la capital, perfeccioné el sitio, ocupando la hacienda de Montoya, la Casa Mata, y el Monte Pelado, y puse mi Cuartel General en la hacienda de Aguilera. Permanecimos así hasta el día 16, en que había logrado estrechar al enemigo en los conventos que le servían de cuartel, hasta quedar con sólo una calle de por medio, entre nuestras posiciones y las suyas.

La siguiente carta que dirigí de San Felipe del Agua, frente a la ciudad de Oaxaca al General don Alejandro García, durante el cuarto sitio de esa plaza, entre la batalla de Miahuatlán y la de La Carbonera, da algunos detalles de la

primera de dichas batallas y del estado que guardaba el sitio antes de levantarlo con motivo de la aproximación de una fuerte columna de austriacos que venía a proteger la plaza.

San Felipe del Agua, (1) octubre 11 de 1866.—Estimado compañero: Con fecha 4 del corriente escribí a usted dándole cuenta del espléndido triunfo obtenido por las fuerzas de mi mando sobre la expedición que venía a atacarme a Miahuatlán, a las órdenes de Oronoz; pero sabiendo que se extravió mi carta, dirijo a usted la presente dándole un extracto de aquella, por el que se impondrá usted de lo ocurrido,

Como a las tres de la tarde del 3 del corriente, se avistó al enemigo avanzando a paso veloz sobre Miahuatlán. Resolví salir inmediatamente a su encuentro, y dejando al General Ramos con la caballería para que lo detuviera por algunos momentos, dispuse que ocupara en el acto la infantería una altura que me pareció ventajosa, y poco después rompió sus fuegos sobre nosotros el enemigo. La columna del enemigo se componía de 1,300 hombres de las tres armas, de los que 200 eran de caballería con dos piezas de montaña. El fuego del enemigo fué contestado vigorosamente por nuestros tiradores, y al caer el sol, observando que el enemigo no emprendía un ataque general, y encontrándome muy escaso de parque, me decidí a atacarlo, con cuyo fin organicé mis columnas, descendiendo de las alturas que ocupaba sobre la línea del enemigo. Al atravesar el río que separaba nuestras posiciones, se introdujo el desorden en el campo del enemigo, y al atacarlo, sus batallones emprendieron la fuga (aunque se

(1) Esta carta fué comunicada oficialmente por nuestro Ministro en Washington al Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, en nota del 20 de noviembre de 1866 y transmitida por el Presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país, con su mensaje de 29 de enero de 1867, e impresa por acuerdo de dicha Cámara. (Documento del Ejecutivo núm. 76, del segundo período de sesiones de la Cámara de Diputados del 29o. Congreso de los Estados Unidos, pág. 308).

No habiéndose encontrado el texto español de esta carta, se ha traducido de la traducción inglesa.

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera. 1860-1867. Nota núm. 763. Vol. VIII, pág. 585.

formaron pequeños grupos que hicieron alguna resistencia), perseguidos por nuestra caballería. Pronto cayeron en nuestro poder, así como los muertos y heridos que se hallaban en el campo de batalla. Capturamos todas las armas, dos piezas de artillería, unas cincuenta mulas cargadas de parque, y otros pertrechos de guerra; también más de cuatrocientos prisioneros de guerra. En el campo había más de ochenta muertos. De los franceses no escapó ni uno solo. La mayor parte de ellos fueron muertos o prisioneros, incluso su jefe Testard.

El efecto moral es mayor que el triunfo positivo. Como consecuencia de esto, mi hermano, que se hallaba cerca de la capital, (Oaxaca), la ocupó inmediatamente con algunas fuerzas de la Sierra, y el enemigo, lleno de pavor, resistió muy poco, atrincherándose en sus fortalezas del cerro de Santo Domingo y del Carmen. Después de haber levantado el campo y reorganizado mis fuerzas que habían aumentado considerablemente, me dirigí a la ciudad para disponer el sitio. Figueroa tiene que llegar con sus fuerzas, y de un momento a otro espero a López Orozco con sus fuerzas de Costa Chica.

Está bien organizado el sitio y el enemigo sabe que no puede recibir auxilio alguno. Tengo establecido mi cuartel general en este punto que es muy ventajoso para las operaciones. (Firmado) Porfirio Díaz.—Al General Alejandro García.—Tlacotalpám.

LXVIII  
LA CARBONERA

18 de Octubre de 1864

Como la incomunicación a que había yo reducido al enemigo en la ciudad de Oaxaca era perfecta, le intercepté un pliego en que se le avisaba que una columna de mil trescientos hombres, en su mayor parte austriacos y franceses, reenganchados, se dirigía a auxiliar la plaza y se recomendaba a Oronoz que se sostuviera a todo trance hasta la llegada de esa columna y que protegiera su entrada. Seguro de que los sitiados no tenían conocimiento de la venida de ese auxilio, levanté mi línea en la noche del día 16, la reuní toda en la hacienda de Aguilera y atravesando por encima de los cerros, para no dejar huella por el camino nacional; emprendí la marcha para Etila, con objeto de proteger a una pequeña columna que venía a las órdenes del General Don Luis Pérez Figueroa a incorporarse por el camino de Teotitlán; y como el que seguía el enemigo se reúne con el que traía la brigada Figueroa, en un punto cerca de La Carbonera, era muy posible que fuera batido antes de que se me incorporara. No pasó esto así, porque el General Figueroa llegó a San Juan del Es tado a las nueve de la mañana del día 17, casi en los momentos en que yo llegaba al mismo pueblo, para proteger su marcha.

Volví a Etila con toda mi fuerza, incorporado ya Figueroa e hice un movimiento de retroceso con toda la caballería has-

ta la Hacienda Blanca, a seis kilómetros de Oaxaca, para hacer creer al enemigo que volvíamos a establecer el sitio; pero después de media noche salí de la Hacienda Blanca habiendo anticipado mis órdenes para que la infantería y artillería marcharan para La Carbonera, tomando el camino de Tenexpa y Huitzo.

Alcancé la columna al salir de Etila y poniéndome a su cabeza, marché con ella a paso bastante acelerado hasta La Carbonera, porque temía que el enemigo ocupara ese punto antes que yo, en cuyo caso me batiría en descenso, ventaja que yo quería alcanzar sobre él; y aunque no pude lograrla del todo, porque llegamos simultáneamente a la meseta de La Carbonera, que es el punto más elevado de la montaña, tomé posiciones adecuadas para batirlo en la principal eminencia donde tenía colocada su artillería, y sobre la marcha destacué una pequeña columna, a las órdenes del Coronel Don José Segura y Guzmán, hombre muy conocedor del terreno, para que sin tomar parte en el combate, se situara la a derecha del enemigo detrás de una pequeña eminencia y con una barranca de por medio, procurara no ser visto ni sentido y estuviera listo para cortarle la retirada cuando se le ordenara, operación que favorecía grandemente una curva que acercaba a Segura el camino por donde el enemigo tenía que retirarse.

Formé la primera línea poniendo al Coronel Díaz en el centro, al General Figueroa a la derecha y al Coronel Fidencia Hernández a la izquierda. La caballería mandada por el General Don Vicente Ramos, formó la segunda línea.

Aun no acababa yo de colocar mis tropas cuando el enemigo destacó una intrépida cadena de tiradores franceses que avanzaron muy cerca de mi línea, sin que pudiera impedirlo el fuego de los míos y de la artillería. Fué necesario hacer un ataque formal con dos pequeñas columnas, y esto ocasionó que el enemigo empujara un ataque decisivo sobre nosotros. No obstante que yo reforcé mis columnas con otras nuevas, fueron obligadas a retroceder por el empuje del enemigo, bien sostenido por su caballería que en su mayor parte era húngara. Metí entonces al combate toda la reserva que me quedaba, lo mismo que la caballería que había abrigado en un torno de la carretera y cuando el enemigo llegaba desordenado a su base de operaciones, que consistía en una pequeña reserva y su artillería moví por medio de un toque

combinado, al Coronel Segura, quien según mis instrucciones debía atacar al enemigo por la espalda, comenzando por cortar la carretera que era su única retirada.

Este movimiento que se ejecutaba a la vista del enemigo por encima de la colina y mi ataque vigoroso por el frente de terminó la fuga de la caballería traidora y una parte de la húngara, abandonándonos en el campo cinco de sus cañones y retirándose todos los soldados en desorden.

Les hice una persecución de más de cuatro leguas, cuyo fruto fué la adquisición del otro cañón que aun les quedaba y más de 700 prisioneros, entre los cuales había muchos oficiales austriacos de infantería.

La caballería lo mismo la mexicana que la húngara, se escapó en su mayor parte, con excepción de unos treinta o cuarenta hombres que por haber perdido el camino, fueron capturados en la selva por paisanos armados y dos días después conducidos a Oaxaca.

Mi fuerza se componía de cosa de 1,600 hombres y la enemiga sería de 1,309 con seis cañones rayados de siete centímetros, del sistema austriaco, mientras que mi artillería consistía en dos obuses listos de montaña, sistema Grigoval y un pedrero contrahecho.

Toda la oficialidad de infantería fué hecha prisionera. Entre los primeros había más de veinte oficiales americanos de infantería, pues solamente se salvó la oficialidad de caballería.

Inserto en seguida un suscinto parte de la batalla de La Carbonera, fechada en Minas el mismo día de la acción, y el detallado en la Hacienda de Aguilera el 22 de octubre de 1866 suprimiendo los estados que acompañaron al último.

Ejército Republicano (1).—Línea de Oriente.—General en Jefe.—Ciudadano Ministro:

(1) Esta carta fué comunicada oficialmente por nuestro

Después de la acción de Miahuatlán el 3 del corriente de que he dado a usted parte, marché a Oaxaca que se hallaba sitiada por el C. Coronel Félix Díaz; perfeccioné el sitio y después de once días y en momentos en que había determinado un asalto, supe que una columna fuerte en 1,500 hombres de las tres armas, venía en auxilio de los sitiados. Abandoné a éstos y rápidamente vine sobre la expresada columna; la encontré en el paraje llamado "La Carbonera", hoy alas doce del día; comenzamos a combatir a la una con tenacidad y valor, por ambas partes, son las siete de la noche y me encuentro en el paraje de las "Minas", después de tres leguas de persecución al enemigo, teniendo en mi poder 396; 2 prisioneros austriacos, polacos y húngaros, de ellos siete son oficiales; tengo también cuatro piezas de montaña, más de 600 carabinas y un buen surtido de municiones de ambas armas, costán dome algunas pérdidas bastante lamentables.

El Supremo Gobierno me perdonará que le dé este parte sinóptico, en lugar del detallado que daré más tarde; pero no tengo tiempo para más, supuesto que no debo dar lugar a que

Ministro en Washington al Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, en nota del 20 de noviembre de 1866 y transmitida por el Presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país, con su mensaje de 29 de enero de 1867, e impresa por acuerdo de dicha Cámara. (Documento del Ejecutivo núm. 76, del segundo período de sesiones de la Cámara de Diputados del 39o. Congreso de los Estados Unidos, pág. 309).

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera. 1860-1867. Nota núm. 760. Vol. VIII, págs. 585 y 586.

(2) El día de la acción se recogieron 396 prisioneros según dice el parte oficial; pero los vecinos de los pueblos de Juyacatlán, Atlatlauca y Oloapam, recogieron y me entregaron al día siguiente, más de 300 dispersos, lo cual hizo un total de 700 prisioneros que llevé a Oaxaca.

se me fuge el enemigo que se halla en Oaxaca con muy buena artillería, armamento, municiones y vestuario.

Tenga usted la bondad de felicitar en mi nombre al C. Presidente por este fausto acontecimiento, aceptando para sí mi consideración y respeto.

Independencia y Reforma.—Cuartel General en las "Minas", octubre 18 de 1866.—Porfirio Díaz.

C. Ministro de la Guerra y Marina.

Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.—Ciudadano Ministro:

Como manifesté a usted en el parte que sobre la marcha di a ese Ministerio del punto de las Minas, el mismo día del hecho de armas de La Carbonera, el 18 del corriente, levanté el sitio que había puesto a esta ciudad por haber sabido que una columna fuerte en 1,500 hombres de las tres armas compuesta casi en su totalidad de tropas austriacas, avanzaba por el camino de la Mixteca en auxilio de la plaza. En el mismo día supe también que el ciudadano General Figueroa, con la brigada de su mando y obrando conforme a las instrucciones que había recibido de este Cuartel General, se dirigía por la Cañada a verificar su incorporación; y temiendo que el enemigo tratase de batirlo, antes de que lo verificase, me decidí por esta razón más, como he manifestado a usted, a marchar a su encuentro, procurando que antes se me uniese el General Figueroa, lo que tuvo lugar el 17 del corriente en el pueblo de San Juan del Estado.

Desvanecido el temor de que esta fuerza fuese batida en detalle robustecida con su auxilio y sabiendo que Oronoz trataba de hacer un movimiento de la plaza y salir al encuentro de la columna austriaca, marché de San Juan del Estado a Etlá, avanzando la brigada de caballería hasta la hacienda Blanca, simulando emprender de nuevo mis operaciones sobre la plaza. Este movimiento produjo los resultados que yo me esperaba; los defensores de ella se encerraron otra vez en sus fortificaciones, y yo me quedé libre para ohrar sobre la columna austriaca. Como era preciso hecerlo con actividad, salí de Etlá a la una de la mañana del 18, tomando el camino de Huachichilla, por La

Carbonera, vía que según mis exploradores debía traer el enemigo.<sup>de</sup>

A las doce del día, los exploradores, tanto de mi descubierta como los que habían mandado dentro del enemigo, me anunciaron que los austriacos estaban ya a nuestro frente; detuve mi marcha y escogí las posiciones para librar el combate: éstas son las lomas de La Carbonera. Mi línea de batalla que dó establecida de esta manera: la brigada del General Figueroa, formada en columna con la artillería, teniendo a su frente líneas de tiradores, apoyaba la derecha; el centro lo formaba la brigada de la Sierra a las órdenes del ciudadano Coronel Félix Díaz, en batalla con tiradores al frente; a su retaguardia dos columnas con los batallones Chiautla, de la brigada del ciudadano Coronel González, y cazadores de la que manda Figueroa, formando una fuerza de 350 hombres mandados por los Tenientes Coroneles Juan de la Luz Enriquez y Lorenzo Pérez Castro, a las órdenes del ciudadano Jefe del Estado Mayor, Juan Espinosa y Gorostiza. Cuatro pequeñas columnas de la brigada del ciudadano Coronel González, compuestas de los batallones Fieles, Montaña, Guerrero y Costa Chica, teniendo a su frente la compañía de Tlaxiaco, en tiradores, defendían el camino nacional a las órdenes del jefe de la brigada, y a la izquierda, que estaba separada del centro por dicho camino y por una barranca donde embosqué tiradores, la formaban los batallones Patria y Morelos, de la misma brigada.

La caballería a las órdenes del General Ramos, quedó formada a retaguardia de la línea, sobre el mismo camino que se mantuvo despejado para que pudiese cargar.

Pocos momentos después de haber quedado establecida la línea de batalla, el enemigo desembocó por el camino en una fuerte columna, marchando a tomar posesión de una loma situada a 600 metros de nuestras posiciones y desplegando la columna estableció su artillería, rompiendo inmediatamente los fuegos; entre tanto, organizaba otras dos columnas de infantería que lanzó sobre el centro de nuestra línea, las que fueron rechazadas y el enemigo retrocedió a organizarse de nuevo, bajo el amparo de su artillería. Acomete otra vez con el apoyo de su caballería que carga impetuosamente sobre nuestra línea, llegando casi a tocarla, introduciendo algún desorden en ella; sin embargo, es de nuevo desbaratada y retrocede. Este

momento creí era el más oportuno para lanzar nuestra caballería y así lo ordené. Avanza en efecto, se traba el combate entre ambas y la nuestra se ve obligada a retroceder algún espacio por el fuego del cañón del enemigo que recibe a quemarropa; vuelve sin embargo a la carga y el combate permanece indeciso. En estos supremos momentos ordené que las brigadas del General Figueroa y Coronel Díaz cargasen también, lo que verificaron con sumo brío; sin embargo el enemigo había echado mano de sus reservas; y estas columnas son contenidas; entonces y queriendo acabar de una vez, hice mover las reservas que mandaba el Coronel Espinosa y las Columnas del Coronel González. El enemigo opuso al avance de ellas una desesperada carga de caballería por el camino, sobre los batallones Fieles y Chiautla, que avanzaban por él. Esta carga fué rechazada. Al mismo tiempo que avanzaban todas estas columnas, las brigadas Figueroa y Díaz hacían otro tanto; el enemigo, amedrentado por este ataque general, empezó a retirarse, sufriendo en menos de una hora completa derrota.

Los batallones Patria y Morelos que habían recibido orden de cargar sobre el flanco derecho del enemigo, lo hicieron sobre la izquierda por haber comenzado éste su retirada.

La persecución se hizo por espacio de cuatro leguas, y el enemigo dejó en este espacio regada su artillería, municiones, armamento y multitud de muertos y prisioneros.

La relación número uno indica a usted los muertos, heridos y dispersos que ha tenido esta división; la marcada con el número dos el armamento y pertrechos quitados al enemigo; el número tres las municiones consumidas, y el número cuatro las pérdidas conocidas del enemigo en muertos, heridos y prisioneros. Además, acompaño a usted las listas nominales de ellos, marcadas con las letras A. B. y C.

Un subteniente y tres soldados que se portaron cobardemente, fueron castigados ayer. El resto del personal con cuyo mando me honro, llenó sus deberes a mi satisfacción de una manera tan general, que no me atrevo a recomendar especialmente a nadie, y espero que haciendo justicia ese Supremo Gobierno al mérito militar, concederá un recuerdo honorífico a los combatientes del 18 de octubre en La Carbonera.

Felicito a usted y al ciudadano Presidente por el hecho de armas a que me refiero, y me honro en reiterarle mi justa consideración y respeto.

Patria y Libertad. Cuartel General en la hacienda de Aguilera, octubre 20 de 1866.—Porfirio Díaz.—Ciudadano Ministro de Guerra.—Monterrey.